

jes oreros de Lenox y otros personajes que ejecutan actos, que más de alguna vez, han pasado por la imaginación del hombre normal.

Para terminar estas consideraciones me resta decir, que el Dr. Marín, dando un salto del novelista al ensayista científico, y corroborando aún más su dominio subjetivo mediato, ha producido obras de trascendencia documental e ilustrativa tales como: «*El Problema Sexual y sus nuevas fórmulas sociales*» (Libro de Tesis, 1937) «*Hacia la Nueva Moral*», «*Ensayos Freudianos*», «*Poliedro Médico*», «*Clínicas y Maestros en Inglaterra y Francia*», y otros. Documentándome en la primera de las obras citadas, he de decir que el Dr. Marín es un crítico de elevados méritos. Sus conocimientos profesionales y sus estudios de psicología le impulsan para abrir una brecha en la barrera de la moral clásica que en la actualidad, se aferra desesperadamente en nuestro medio social. El puritanismo en que hasta hoy se han fundamentado las legislaciones matrimoniales de algunos países y la exagerada evolución y tolerancia que otros han querido adoptar en esa misma organización, sufren en este estudio, un documentado análisis al cual no pueden resistir.

Con todo lo dicho he querido dejar constancia que el Dr. Marín es un luchador. Presumo que su obra, múltiple y proteiforme, jugosa y de insospechada potencialidad, tendrá su resonancia en la conducta normativa de la nueva América. Es esa América que no será la que descubra un nuevo aventurero español, sino que, nuestra América, la que será forjada con el intelecto latino y la máquina yanqui. Juan Marín es abanderado de esta incontenible fuerza y su pendón, que se ha levantado en todos los sentidos de la rosa de los vientos, tendrá siempre el sello de una inquietud inagotable y universal.

<https://doi.org/10.29393/At246-205MCAG10205>

«MANIFIESTO DEL CABALLO DE FUEGO Y POESÍAS» DE ANTONIO DE UNDURRAGA, por *Altenor Guerrero*.

Periódicamente nos ha venido entregando Antonio de Undurraga, sus cosechas líricas. Este poeta, que se demostrara un

fino innovador de caminos demasiado recorridos con «La Siesta de los Pecces», persiste e insiste en una línea calificadamente personal. Mientras algunos de los de su generación se entregaban a la euforia de los romances y el verso endecasílabo, Undurraga ya asistía a un proceso de su poética que distaba mucho de las fáciles campanillas que hacían sonar los turiferarios de García Lorca. En la zarabanda de los nardos, lirios, palomas y ángeles, ciertamente que no vimos a Antonio de Undurraga. Púdose comprobar que su poesía enfilaba por senderos buscadores de su propio encuentro. El afán de inclinarse hacia el espejo de su espíritu signó sus actitudes con el sello inconfundible de la tarea que no necesita filiaciones más o menos flagrantes, ni patrocinios más o menos incómodos. No debe pensarse—valga la perogrullada—que de Undurraga haya nacido por generación espontánea: tiene sus maestros, y de ellos es consciente el propio poeta, pero en la forma legítima y levantada con que sólo es dado reconocer ascendencia los que, con sabiduría y talento, saben coger a tiempo el hilo de Ariadna.

Cuando se tiene a mano un libro de Antonio de Undurraga, el lector cambia de posición. No se trata, en realidad, de cosas entretenidas las que uno afronta. Pierdan la esperanza los que se repantigan poltronamente en la semi-sensibilidad de las sentimentalerías erótico-palabreras, el paisaje vespéral, o la anécdota con argumento y todo. Ya este fárrago acucioso de poesía superficial ha sido barrido con la entereza de quien no tiene más norte que el asignado a la funcional posición del creador sumergido en su tiempo y en su espacio. No hay concesiones para el público medio. De esto el poeta se gloria, lo expresa y lo que resulta insólito: lo realiza.

Su Manifiesto es una carta práctica dirigida a la mentecatez e inopia operante en Chile, que no tiene nada de los manifiestos sui generis de post guerra—la de 1914 a 1918—y en los que pretendiéndose hablar y pontificar en poesía, se caía en la más lamentable de las prosas y hasta en el ridículo. Antonio

de Undurraga polariza sus fuegos en todo aquello que toca más de lleno al hombre. Su ubicuidad estrictamente humana se conjuga, muy de cerca, con la que el verdadero poeta adopta en un mundo recién salido de la matriz de una guerra. Urgen soluciones a problemas sempiternos. Hay miseria, ignorancia, enfermedad. El integralismo que de Undurraga patrocina obliga al poeta a pararse medio a medio de sus destino, y vociferar, si es menester, actuar e indicar las rutas necesarias a la salvación del país. La pluma, ayer timorata y remolona del escritor, hoy debe ser flamígera espada que cercene en sangría de fuego las pústulas del cuerpo social. La actitud nos parece viril y llena de responsabilidad. Los escritores han estado adormecidos por una indiferencia rayana en el delito, frente a la voracidad e ineptia de politiquillos improvisados, y que pescan con cualquier anzuelo en un río revuelto de desorganización e inoperancia. De Undurraga señala, con quemante verdad, los defectos de una democracia incompleta que ha servido, en lo político, solamente para dar carta de ciudadanía a la audacia y al logrerismo inconfesable. La pluma del escritor actual, en consecuencia, ha de ser un eficaz cauterizador de llagas, y no puede sino que ser entintada en la sangre vital de un verdadero y humanizado destino, a que tiene derecho el pueblo genitor.

Lleno de fe el poeta afirma: «Caballo de Fuego» os invita a creer en Chile, en su cultura, en la grandeza de sus poetas y hombres harapientos. Chile, ha creado la más alta poesía de América y os invita a leerla. Su confianza en el pueblo es el mejor síntoma de salud. Cuando los creadores de cultura vuelven su corazón hacia el río vivo de lo popular es que palpita en ellos la auténtica virtud del arte. La sal nutricia del amor al pueblo fortifica y envuelve en plenitud los esfuerzos de interpretarlo, encauzarlo y redimirlo. Un poeta no puede ser demagogo, porque estaría jugando con su propia existencia. Y la poesía tiende a superar, prolongándose en el tiempo, la carnadura material de quien la ha creado.

¿Resulta, acaso, osado afirmar que tenemos la poesía más alta de América? La respuesta que la dé el galardón mundial recibido recién por Gabriela de América... ¿Y el trinomio indiscutible de Pablo de Rokha, Pablo Neruda y Vicente Huidobro? En verdad, Antonio de Undurraga, no pasa más allá de las lindes de la realidad. Agréguese el nombre de aquellos poetas que, no perteneciendo al coro, pueden con gallardía colocarse en el grupo con la individual estatura que su obra les indica: Angel Cruchaga Santa María, Rosamel del Valle, Humberto Díaz Casanueva, Juvencio Valle, etc. ¿Y la generación de los nuevos no predispone a pensar en que la herencia poética de Chile está resguardada, y que el porvenir es anchuroso de ventura y vena estética? Si Chile fué ayer un país de historiadores, hoy lo es de poetas y solamente falta el vehículo publicitario que así lo demuestre a la faz de América. La revista «Caballo de Fuego», creemos que será un eficaz heraldo de las buenas voces y nuevas, y de la cual Antonio de Undurraga es uno de sus alentadores. Vayamos, pues, a su poesía para verificar asertos. Es tanto más incitante llegar al campo lírico que el autor del Manifiesto nos ofrece, cuanto que de sus propios labios surge la gran promesa. Y hay, naturalmente, la gran ansiedad de llegar pronto.

Buscamos la llave maestra que nos abra su ámbito, su residencia de poeta, agitado por estelares vientos, el puente por el que debemos cruzar y conocerle, para desentrañar su signo. El poema «La Umbría, la Escala y los Labios» nos ofrece una clave que no desaprovechamos. Dice:

«He desnudado mi lengua
y he dejado toda retórica,
porque no era posible que mi ánima
se estrangulase en una súbita
caparazón de molusco».

Casi pudiéramos afirmar que el poeta nos entregó parte de su secreto y ya podemos sumergirnos en su mundo apretado de ardientes símbolos y respirar su aire, que sería esta la única manera de no desvirtuar el mensaje que en los adentros le bulle, como un incandescente venero de luces. Su arte poética, así nos lo previene, calzará las alas libérrimas del estro que no reconoce el cuartel sistemático de preceptivas anquilosadas. El desnudo fluir implanta un poderoso ascender en la rebúsqueda de la forma que con fidelidad exprese la introvertida contextura de su canto. En libros anteriores ha venido luchando el poeta por liberarse de las trabas que atan su verbo, constriñéndolo y determinándolo. Este poema había aparecido ya en «La Breve Antología Poética que el Círculo de Amigos de la Cultura Árabe», le editara el año 1943. Responde, pues, a un estado espiritual que data de algunos años. Sin embargo, en este mismo libro «Manifiesto del Caballo de Fuego y Poesías,» hay una duplicidad de concreciones poéticas del autor que nos inducen a pensar que incluyó poemas diversos en su cronología creadora. Verbigracia, «Pre-Vida», un poemita de hermosa factura, pero teñido de los resabios anecdóticos y sentimentales de una etapa ya superada por el poeta. No obstante, hay versos de livianura aérea y logradísimos:

«Me penetró Jesús
y siempre amé a los pájaros
algo más que a los primos».

Impresiona por su belleza y firme arquitectura el poema «Himno en el Faro de Punta de Angeles», donde Antonio de Undurraga marca un hito que es definitivo en su trayectoria. Hay una fina mixtura de pasión dolorida, y un frío y rector camino que conduce a la primera, por el único y virtual que llega a la consecución de la obra artística alentada de permanencia. Por lo demás, en ella se da el factor calificante de universalizar un motivo y elevarlo a cifra poética. Su «Minueto del Trompo de

Cuatro y Cinco Bandas», es un romance evocador y limpio, construido de manera nada vulgar y merecedor de un puesto en las selecciones de poesías para niños. Tiene el aire henchido de riqueza imaginativa, y sin el tono monocorde de que adolecen los varios que hay escritos sobre el mismo tema:

«El as de copas le mira
y habla: «¿Vuestra merced
para llevar corvo al brazo
permiso ha pedido a quién?»

Otro poema que nos parece afín con los que hemos citado en su aspecto formal es «El Buey» que resulta un verdadero lunar engastado en los dos de tan pareja lineatura poética: «Chile» y «Cóndor de Luz». A decir verdad, nos parece lo más bajo del libro, agravado con la circunstancia de quedar ubicado en lugar donde resalta aun más su falencia estética. Los sonetos acusan una composición de originales destellos. Valga «Intimo Túnel», traducido al inglés por Lloyd Mallan, y en el que se observa una feliz ruptura de las pautas estróficas del soneto clásico. Con todo, «Soneto del Amor Inmanente» nos parece el más acabado. Fluye de él un hálito de mesura y emotividad que lo distinguen del conjunto con los atributos de una mejor instancia poética.

Pero donde Antonio de Undurraga alcanza su verdadero tono es en los poemas de médula social y en aquellos en que se sumerge a su reconditez más pura. Nótese de inmediato que el poeta pisa un terreno de mayor espontaneidad, el verso le sale íntegro y empapado en la vigorosa humanidad de la plenitud creadora. La metáfora adquiere una propiedad que asombra por la riqueza, sin segundo, en la poesía joven de Chile. En principio su lectura produce un vago desasosiego por la dureza aparental de los tropos. Induce a pensar en una rebuscada y postiza persecución de parte del poeta de la originalidad que le huye;

pero, ciertamente, el prejuicio desaparece cuando nos enfrentamos con el grueso de su obra que nos dice exactamente lo contrario. Nos encontramos ante un poeta de gran vigor numérico. Su veta resplandece en un metal de sólido brillo y que se hunde a considerable profundidad y distancia del laboreo visible. Lo que aparece como desmesurado no es más que la real estatura del poeta que no se anda con tiquismiquis, ni solos de falsete. En el poema «Los brazos de Galvarino» percibimos el más alto tono de fuerza del libro. Consigue de Undurraga, aquí, la plenitud de sus voces; un vigor que no tiene renunciados ni caídas. La intención social aparece sólidamente asentada y reafirmada por la reciedumbre de las metáforas y el vuelo aquilino del estro. Es que el poeta ha encontrado un motivo de verdadera calidad y lo ha enaltecido con una pareja intuición poética. Aun cuando a ojos de Aristarco pudiera entreverse una influencia rokhiana, ésta, a poco de ver más hondo, se nos demuestra como la natural ascendencia de que hablábamos al principio. Y si anotamos que de Undurraga es uno de los buenos exégetas de Pablo de Rokha, no nos parece peregrina, ni remotamente incómoda la savia que por afinidad le llega del gran solitario. Ha sabido de Undurraga discernir eclécticamente los jugos más propicios y haciéndolos vital curso de su sangre, ahora integran la versión inalienable de su yo.

Incidamos en un aspecto que en Antonio de Undurraga es principal centro de imanación espiritual: el mar y las cosas del mar. El poeta respira un aire salino y se siente complacido de su recuerdo, en manera que su expresión está frecuentemente solicitada por vocablos náuticos. Una larga estancia en el puerto de Valparaíso, ha llenado su corazón de presencias marinas y una salud de libérrimo hombre de mar se desprende de su poesía. Como el mar, entonces, ha de insistir en esta tarea de crear belleza y, como él, en renovado vigor que no desmienta esta redada donde resplandecen en purísima plata los frutos de su incursión feliz.—A. G.